Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 24

San José, Costa Rica **1926** Sábado 25 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Dos artículos de Edwin Elmore

Dijimos alguna vez que del amigo ido conservábamos varios papeles, colaboraciones enviadas por él al *Repertorio.* Una manera de ser leales a su memoria es entregarlos al público; con ello se echan a volar las ideas, los ideales que en vida profesó hasta el sacrificio. Aseguramos que ellos después de su muerte *seguirán trabajando.* De este modo nos asociamos cordialmente a los que hoy recuerdan a Elmore, en el primer aniversario de su prematuro fallecimiento.

Sobre el fenómeno del Norte

I

El introito de la Constitución de los Estados Unidos contiene, en sus cuatro o cinco líneas, la expresión más clara y concisa de los ideales bajo cuya inspiración se formó, creció y se ha desarrollado hasta alcanzar su actual enorme grandeza, la gran nación del Norte.

No siempre aciertan los historiadores, los sociólogos y los publicistas al tratar de explicar el fenómeno que implica la rapidísima instauración y prepotente expansión del poderío norteamericano. Con demasiada frecuencia suele atribuirse a causas de naturaleza subalterna ese portento. Y en cambio se prescinde de los motivos y valores que han contribuido a determinarlo. Invirtiendo los términos, se toma por causa lo que no es sino efecto, y se llega a conferir valor de excelsos fines a lo que, a lo más, podría merecer la estimación concedida a los medios.

El auge del materialismo histórico y de las teorías positivas ha malogrado así, en buena parte, lo que tiene de ejemplar y edificante la gloriosa historia de la patria de Emerson. Pero la sagacidad de los modernos críticos históricos de Europa y América ha penetrado en la entraña misma de los hechos y los acontecimientos, ha aquilatado el valor de los hombres y de todos los factores políticos, geográficos y sociológicos y ha restituido una vez más—como no podía menos de hacerlo—toda su significación y su importancia a los imponderables, pero no por eso inciertos ni eficaces, agentes morales cuya suma o integración final aparece en la historia del siglo xix con

De estás páginas sólo se publicaron las que forman la tercera parte, por culpa de la censura que los intereses creados por el capitalismo yanqui ejercen sobre la opinión peruana.

E. E.

el nombre de los Estados Unidos de la América del Norte.

Los americanos del Sur hemos vivido largos años en asombrada contemplación del extraordinario desarrollo de la gran democracia del Norte. Hemos estudiado con vivísimo interés las instituciones, las leyes y la política norteamericana. Hemos tratado de imitarlos. Pero hemos tardado, tal vez, demasiado, en comprender el secreto del éxito sorprendente de la rama anglosajona del Continente. El parangón de nuestra historia con la de los Estados del Norte ha resultado desconsolador; y la constante presencia de los triunfos de todo orden alcanzados por la gran nacionalidad creada por los patricios anglo americanos del siglo xviii, al lado de nuestros fracasos, ha sido la causa de un sentimiento profundo de perplejidad y descorazonamiento que ha terminado por hacer abdicar de lo más inalienable que hay en los hombres: la propia estimación. Frente a la deslumbrante grandeza del Norte, frente al abrumador poderío que se centraliza en Washington, nos avergonzamos de nuestra inanidad y renegamos de nuestros orígenes.

Y, sin embargo, un examen profundo de los hondos procesos históricos que han venido a constituir las dos grandes agrupaciones de Estados en que hoy se divide el Continente, está muy lejos de justificar semejante pesimismo.

No seria oportuno aquí ese examen. Séanos dable afirmar sólo que el *Deus ex Machina* de aquellas grandezas ha sido la posesión y la práctica de los ideales de libertad y de justicia que un día amaron épicamente nuestros próceres y a los que tan débilmente hemos sido fieles. Lo que ha dado un sello majestuoso a las organizaciones del Norte ha sido el equilibrio sereno y fuerte que les imprimieron sus gestores: los Jefferson, los Halmiton, los Maddison. Lo que ha restado a nuestra gesta buena parte de su eficacia ha sido la ausencia de esas organizaciones; la falta, tan notoria, de caracteres y mentalidades superiores que supiesen continuar en la vida civil la obra de la espada. En cuanto esto, el genial caraqueño se encontró solo, mientras en el Norte Washington fué uno entre muchos, si el más grande en la paz y el más grande en la guerra. Le precedieron hombres como Franklin; le siguieron hombres como Lincoln... Una vigorosa y fecunda floración de grandes voluntades y esclarecidos talentos constituyó la retaguardia de los prohombres de Virginia y Massachussets; un arraigado y profundo sentimiento de las moralidades nuevas, del que participaban hasta los modestos ciudadanos de la nueva patria, llenaba de confianza en los destinos de los pueblos a *leaders* tan sagaces, tan competentes como leales...

Es a la incontrastable fuerza espiritual de aquellas mentes y de aquellos corazones de sencillos patriotas y de incorruptibles hombres de Estado a lo que se debe el engrandecimiento norteamericano. El poderío

material es una consecuencia. La austera y esforzada vida patriarcal de las colonias; la sólida fe moral de los fundadores, el apasionado y a la vez sereno amor a la libertad y a la justicia--flores ideales de la civilización que hoy se halla en crisis—de los fundadores: he ahí los fundamentos reales e históricos de la preponderancia norteamericana de hoy. Olvidar, en las horas del éxito rotundo, estos ya lejanos antecedentes sería gran pecado, desviación peligrosísima...

II

Ahora que la adulación a los Estados Unidos es moda universal, se hace duro a las almas libres de América entonar el consabido cántico.

A los Estados Unidos de hoy no le hacen falta alabanzas; y menos, alabanzas de sinceridad dudosa; y menos, alabanzas desprovistas de autoridad moral.

Cuando miramos hacia el Norte los espíritus libres que aun alentamos en las regiones que se extienden—escenario magnífico para una epopeya aun no vivida—al Sur del Río Grande vemos:

a primera vista, no la patria de Franklin, Payne, Washington, Jefferson, Clay, Lincoln, Webster y Grant;

no la patria de Emerson, Lowell, Thoreau, Longfellow, Irving, Poe, Whitman, James y Hubbard

(hombres para cuya grandeza, de calidad distinta, todo el elogio es vano);

vemos la patria de un fantasma: Monroe; vemos la patria de un cazador de pueblos: Roosevelt; vemos la patria de Balaam: Wilson; vemos la patria de Lodge, Root, Hughes, Harding y Coolidge, los corifeos de Wall Street;

vemos la gran armada y el gran ejercito que, como consecuencia de la guerra contra México, anunciaba ya Sarmiento en su *Vida de Lincoln.*

....

Si nuestra pasión de hombres que sueñan con ser libres, puede ser amordazada habitualmente, no puede callar frente a Ayacucho; no puede callar cuando los manes de Bolívar y Sucre alientan casi a nuestro lado; no puede callar cuando el gran corazón de Córdova parece volver a palpitar dando vida eterna a su gesto y su palabra...

....

No es la hora de las quejas. Disonarían las palabras de las críticas en medio de las fiestas. Pero, al menos, séanos dado recordar.

Séanos dado recordar los más puros amores de nuestra conciencia civil. Séanos dado distinguir, en segundo plano, en esa gris penumbra donde persisten en vivir inolvidados los héroes verdaderos, las pálidas siluetas de los hombres que supieron comprendernos y amarnos, únicos a quienes—sin servil hipocresía — nosotros podemos amar y comprender.

Distinguimos entre todos los grandes forjadores de la patria americana, a Clay, a Lincoln, a Grant, hombres de Estado que por sobre la miseria de sus días, supieron presentir, en las pobres nacionalidades del Sur, un porvenir pleno de dignidad y de humanas esperanzas; distinguimos a Emerson—el Séneca, el Marco Aurelio, el Fray Luis de León de América. Reconozcamos en él al hermano americauo de los Renán y de los Carlyle de Europa, limpias fuentes que calmaron la sed espiritual de los forjadores de nuestra conciencia civil y humana de hoy. No olvidemos en estas horas de cosecha a los viejos sembradores. Al lado de la mies ubérrima han brotado cardo y cizaña. Distingamos cual es el grano que aún guarda milagrosamente el perfume de las puras manos del Sembrador. Lejos de Washington, ignorados de los círculos oficiales, desconocidos en el mundo de la burocracia, desdeñados por los políticos visibles, postergados por la «democracia», viven de la vida de su honestidad, la vida de su pasión por la belleza y por el bien, la vida de los altos ideales defraudados pero no vencidos, los discípulos de Emerson.

Por encima de las vacías cabezas y de los pobres corazones de las huestes oficiales, vaya hacia ellos la salutación nuestra. Sea suyo el homenaje de los que en estas tierras custodian los sembrados de José de la Luz y de Sarmiento.

Proclamemos—lo ha pedido uno de ellos a uno de los nuestros, Waldo Frank a Alfonso Reyes—la indisoluble unión espiritual de *Norte* y *Sur,* de anglos y de hispanos.

«*Tenemos el mismo enemigo*—dice Frank —*porque tenemos el mismo ideal, y la mayor parte de este ideal es la santidad de la variedad cultural, es el deseo de que las Américas sean grandes, no con una uniformidad muerta sino en ricas expresiones de fértil cultura*».

«*Podemos crear hoy, en una unión intelectual de americanos del Norte y del Sur, un prototipo de la unión espiritual en que viviréis mañana, integra e individualmente fuertes, todos los pueblos americanos*».

Más no olvidemos que, para realizar esta unión, los del Sur necesitamos que los del Norte aprendan—como una vez escribía el norteamericano Lowell refiriéndose a los ingleses—«*to lock at us as we are, not as they suppose us to be*».

No olvidemos que a los Estados Unidos de hoy, y a los de siempre, se les halaga mejor y se les hace un servicio positivo señalándoles sus errores y sus inconsecuencias, que ofreciéndoles un humilde y triste vasallaje.

El más leal y el más sincero homenaje que unos pueblos pueden rendir a otros es la emulación. Para imitar a los Estados Unidos, siguiéndolos en la ruta de los grandes destinos, tenemos que mantener ante ellos la dignidad de nuestro propio señorío. Sigamos el consejo de Longfellow, en su bellísimo *Pasalm of life:*

¡Be not dumb driven cattle!

III

El ideal de libertad ha sido el númen de las creaciones de América.

Libertad y justicia no han sido meras palabras en la patria de Washington.

En ninguna parte, como en la gran democracia del Norte, los ideales liberales de los filósofos del siglo XVIII han alcanzado una realización más omnímoda y brillante.

Por eso el siglo XIX ha sido el siglo de los americanos del Norte.

Hombres de acción, leyes, instituciones, ciencias e industrias, todo lo que caracteriza al siglo XIX con sus cualidades y sus deficiencias ha llegado a los límites del asombro en la gran nación septentrional.

Los ideales democráticos, no obstante las graves crisis que han sufrido en el mundo entero, han producido, al amparo de las instituciones del Norte, ópimos frutos.

¿Cuáles son las ocultas raíces de este árbol gigantesco? ¿Cuál es la savia fecunda que ha dado vigor y lozanía a sus ramas?

En el principio de las naciones—escribía Montesquieu—los hombres crean las instituciones y posteriormente es cuando éstas crean a los hombres. ¿Dónde y cómo se formaron los hombres que crearon las instituciones norteamericanas? Largo—e inoportuno aquí —sería enumerar los antecedentes de este extraordinario florecimiento de inteligencia y de virtudes que vino a culminar con figuras de tan singular grandeza humana como la de los Franklin y Washington, Lincoln y Emerson, en sucesivas generaciones de poderosas mentalidades, caracteres de rectitud y energía incomparables y corazones de exquisita bondad.

Entre la pléyade de grandes espíritus producidos por la democracia tan admirada por Tocqueville y por Bryce, los más representativos o íntegros, los de valor más singular y sustantivo, son, tal vez, los mencionados.

Sin ellos, aunque Franklin fuese el precursor, acaso no hubieran sido posibles los prodigios realizados por la ciencia en Norte América; pues las creaciones sociales y políticas, la fe moral de esos hombres, abrieron, para todas las inteligencias y todas las energías de sus compatriotas, las avenidas que les han conducido a adelantos de tan diverso sentido y tan variada naturaleza. Bien dice, pues, quien afirma que aún los Estados Unidos de hoy—con sus formidables escuadras y sus enormes rascacielos—son Washington y Franklin, Emerson y Lincoln.

Pasarán los años y los siglos, las humanas generaciones se sucederán unas a otras con sus menudas luchas y sus grandes contiendas; se olvidarán, tal vez, muchas de las proezas hoy más admiradas de la civilización angloamericana, pero no se olvidará jamás los nombres de esos varones egregios, como no se olvidarán nunca los nombres de los italianos del Renacimiento.

En verdad, con el triunfo de la libertad en América reflorecieron en toda su virtualidad las energías humanas. En la inicua Europa del siglo XIX hombres, como los que en América llegaron a actualizar todas sus potencias, languidecían postergados o desperdiciaban las fuerzas de su inteligencia y de su espíritu en pugnas infecundas.

En vano las mediocres oligarquías de sociedades y regímenes caducos intentaron entorpecer en el Continente virgen la marcha de las instituciones nuevas que los nuevos hombres habían creado. Desde Franklin, en lo fundamental (y dígase lo que se quiera de la superficialidad de la cultura norteamericana y de los defectos innegables de su tipo de civilización), más ha fluído América sobre Europa que ésta sobre aquélla. Y esta ley de humano progreso, que hace de los pueblos jóvenes la vanguardia valiente y generosa de la especie, nos abre incalculables perspectivas a los del Sur.

Olvidemos ahora las desviaciones y eclipses que el ideal, triunfador primero en York-Town y luego en Ayacucho, ha sufrido (para no seguir las críticas de Mattew Arnold, ayer, y de Mr. H. L. Mencken y otros, hoy) y ofrendemos a las más puras glorias del Norte—por encima de todo deslumbramiento ante valores más aparentes pero menos reales, pues *the ideal is truer tham the actual* — nuestros fervorosos homenajes.

Lima, diciembre de 1924.

¡¡México solo!!

¿Y la fraternidad latinoamericana?...

«¿Vaciará por eso su red, o tendrá piedad de matar naciones continuamente?

HABACUC. Cap. 1, 17.

«Su rugido como de león, rugirá como los cachorros de los leones; y crugirá de dientes, y cogerá la presa; y la abrazará y no habrá quien se la saque.»

ISAÍAS. Cap. V, 29.

«Los Estados Unidos parecen haber sido puestos por la fatalidad en el Nuevo Mundo para causar daño a América en nombre de la libertad.»

BOLÍVAR

«El respeto al derecho ajeno, es la paz.»

JUÁREZ

«To obtain empire is common. To gobern it well has been rare indeed.»

BURKE

¡He ahí al centinela avanzado de la Raza, que en la hora del peligro, después de haber sido cobardemente herido, se siente abandonado! ¡He ahí al noble pueblo mexicano, solo, enloquecido por la desesperación, explotado su exceso de patriotismo inculto por la alevosa falacia de un grupo de plutócratas sin nacionalidad y sin conciencia!

¡He ahí al heroico pueblo a quien no tanto la vil codicia extranjera, cuanto la inaudita, torpe, inconcebible indiferencia de sus hermanos victima...!

He ahí el edificante espectáculo de la civilización moderna que proclama la omnipotencia de los cañones, basándose en la brutal y funestísima doctrina positiva ya pospuesta por los más grandes pensadores modernos, como lo fué siempre por todos los hombres que supieron fecundar su cerebro con la sangre de su corazón y no con jugos gástricos...

La historia prueba que a nada han conducido los abusos de la fuerza: Alejandro pasó como un meteoro, sin crear nada; nada le valió a Cartago su poderío; sin su derecho, sin su César y sin su marco Aurelio, Roma sería para nosotros una sombra...

Contra la ferocidad de Atila se impusieron la virtud y la elocuencia de San León; contra Bismark: «la fuerza prima al derecho», está Kant: «la naturaleza quiere irremisiblemente que al fin el derecho tenga la supremacía». Y contra todos los imperialismos habidos y por haber, está uno de los más excelsos hombres de nuestra raza: Fray Luis de León: «Lo que ha formado y sostiene estos imperios «de tierra» es lo bestial que hay en los hombres»... La naturaleza se encarga de reivindicar siempre a la justicia; y destruye indefectiblemente toda obra que no se basa en ella: el equilibrio es una ley física primordial. Mienten o están ciegos los pseudos-positivistas que niegan a la justicia su fuerza incontrastable: la sanción de la justicia inmanente de la naturaleza, aquello que se llama Providencia, se posterga, pero jamás se anula.

El ladrón vende demasiado cara su honra por enorme que sea el tesoro de que se apodera. Los pueblos que cometen iniquidades contra las naciones a quienes deberían respetar, introducen en su espíritu los gérmenes morbosos y disociadores de la ambición y del crimen [1]. Esto lo han reconocido todos los pensadores dignos de tal dictado en los Estados Unidos después de la infame guerra contra España, después del atentado incalificable de Panamá, después de la primera guerra filibustera contra México; y lo han repetido cien veces cada vez que los usureros de Wall Street inducen a los gobiernos de Washington a cometer una injusticia para asegurar pingües negociados a costa del porvenir de estas desgraciadas, más que culpables, nacionalidades de América; allí están para probar la verdad de esto Mr. Porter, en sus comentarios sobre la guerra de 1836; el general Grant, que entonces peleó como teniente y que en sus memorias dice: «I was bitterly oppose to the measure, and to this day regard the war which resulted as one of the most unjust ever waged by a stronger against a weeker nation» [2].

Allí está Mr. Th. Bathy que opina: «Los Estados Unidos pretenden que las naciones hispanoamericanas vivan en constante peligro de una intervención armada; para ello ofrecen sus capitalistas el «oro americano»... «En el estado actual de la civilización la pretención de los Estados Unidos es intolerable. No tiene ni sombra de fundamento en el derecho internacional...» [3].

1 Ch. J. Porter: *The Mexican War*. 1836. El siguiente es un sumario bastante sugestivo: Cap. XIV. «Influencia de la guerra sobre el carácter nacional y sobre la causa de la libertad y del cristianismo en el interior y en el exterior. Ha introducido el crimen y la corrupción entre nosotros. Ha despertado el espíritu de conquista. Ha rebajado el nivel de la moralidad pública en nuestro país». Pág. 161.

2 Mathew Arnold: *Civilization in the United States*. Boston 1888. Pág. 15.

3 Carta dirigida al director de *Hispania*, revista hispanoamericana de Londres. Número de enero de 1914. El profesor Bathy escribió esa carta con motivo de la llamada «nueva doctrina Monroe».

Allí está el mismo Wilson, que consciente del horrendo crimen en que, tal vez involuntariamente, se halla envuelto, se lava las manos como Pilatos—otro «débil» que por satisfacer a los eternos fariseos crucifica a Jesús—diciendo primero, con flagrante absurdidad, que no lleva la guerra al pueblo mexicano, sino a Huertas, cínico y torpe sofisma o vergonzosa incapacidad. Allí le veis, como a Pilatos, «afligido» (es su palabra), tratando de lavar una mancha que sobrevivirá a su nombre...

Y ante la evidencia de todas estas miserias ¿permitirá todo el Continente que se le engañe y se le vilipendie? ¿Llegará un día en que a todas y cada una de las naciones despreciadas y vejadas se les antoje abrir los ojos? Y digo despreciadas tanto como vejadas, porque no son sino la forma positiva del desprecio las adulaciones y lisonjas con que últimamente han dado en halagarnos para suavizar lo que en su carácter enérgico—es preciso reconocerlo—y altivo, ellos llamarían nuestra indignación que, por desgracia, si existe, está amordazada por el miedo, reducida a la envidia por las consideraciones miserables y las falsas creencias que nos hacen pensar que los poderosos pueden llevar a cabo todo, hasta el mal!

Ha llegado la hora en que la América Española se levante a defender su vida y su honra, si no quiere merecer el castigo que dió siempre la Providencia a los pueblos envilecidos: la destrucción. Tengamos fe y al contemplar nuestra debilidad ante la potencia demoniaca de nuestro adversario, recordemos a David, que tuvo el valor de arrojar una piedra a la frente altanera de Goliath. Repitamos con nuestro poeta:

"Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y pues contais con todo, falta una cosa: ¡Dios!"

No es cierlo aquel decir blasfemo de:

"Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos."

Dios siempre está de lado de la justicia, pero la justicia jamás favorece a los que por su misma voluntad yacen en el envilecimiento.

Levantémonos, pues, y recordemos a los ofuscados gobernantes yanquis, a esos «demócratas» como Wilson y Bryan, que por inexplicable aberración sirven hoy a los plutócratas imperialistas, que Washington los ha de execrar desde su tumba, y con él, Lincoln y todos los verdaderos patricios que dieron con sus virtudes, no con su fuerza, grandeza y fama al gran pueblo del Norte. Recordémosles lo que el irlandés Edmundo Burke, gran paladín de la justicia, dijo en el parlamento inglés acerca de lo que llamaba poder arbitrario (*arbitrary power*), al combatir la tiranía de Lord Hastings en la India. Recordémosles las sabias doctrinas de aquel noble varón, doctrinas no por justas y elevadas menos «positivas» y «prácticas». Burke decía: «Es propio de la tiranía y de la rapacidad no escar-

mentar nunca con los malos resultados de las primeras opresiones». Recordémosles que al recomendar la «filosofía del ultraje» *(philosophy of outrage)*, el gran patricio dijo: «Sabemos que por misteriosa disposición de la Providencia la injuria es ligera y rápida y la justicia pausada. Y podemos decir que los que no tienen paciencia y vigor de alma para esperar la tarda venida de la justicia, contrarrestan la orden de la Providencia, y están resueltos a no ser justos en absoluto». Recordémosles aún, puesto que toda su sabiduría parece habérseles ido a los talones, donde es posible resida su conciencia, estas frases de Tamerlán! citadas por el mismo Burke: «La experiencia me había demostrado que todo imperio no establecido sobre la moral y la religión, no regido por leyes y reglamentos, vería desaparecer su orden, su grandeza y su poder...» [1]. Recordémosles sobre todo las enseñanzas de Washington a quien, para su mal, han olvidado. Y si no nos escuchan, tornémonos hacia nuestros hermanos de religión, de raza y de costumbres y gritémosles con su noble poeta Guillermo Prieto, cantor de las glorias mejicanas, amado del pueblo, gritémosles, repito:

¡Pueblos del Anahuac, fe y esperanza!

Nada ha perdido el heroico pueblo mejicano si no ha perdido la dignidad y el patriotismo. Nada importan los puentes volados y los centenares de hermanos muertos en lucha fratricida; toda verdadera grandeza requiere el purificador bautismo de la sangre. Que luchen los mejicanos entre sí en buena hora, el triunfo será de quien debe triunfar; pero si fuerzas extranjeras intervienen, tal vez, en el mejor y no probable de los casos, se normalice momentáneamente la situación, pero el gérmen del mal permanecerá latente.

He ahí por qué, aun siendo desinteresada la intervención yanqui—cosa que no sucede—, será siempre funesta para el porvenir de Méjico, inmediatamente desastrosa para los pueblos centroamericanos y mediatamente perjudicial para todas las naciones latinas de América. Esto no lo ignoran sino los imbéciles, o los que apenas saben leer; lo niegan muchos, es cierto, pero fundándose en un postulado falso, científicamente inaceptable, cual es el de la superioridad moral, intelectual y cultural de la raza sajona sobre la latina.

Es, pues un deber moral ineludible para todo hombre de nacionalidad iberoamericana, el hacer cuanto esté a su alcance por manifestar su solidaridad con el noble pueblo mejicano.

Sirvámonos de las palabras de otro mejicano ilustre, que los hay muchísimos, para decirles a los yanquis que «en las naciones civilizadas la fuerza se convierte en sabiduría», y pues ellos no realizan tal transformación sino que, al contrario, violando todos los principios del Derecho de Gentes, abusan de la fuerza, no constituyen por hoy, no obstante las glorias del pasado, un pueblo digno de la civilización de que blasona.

Sirvámonos de las palabras de un mejicano, que no es otro que el notable escritor Ignacio Ramírez, para decirles a sus compatriotas:

«¡Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos, nos contemplan!»...

Y puesto que se trata de defender la independencia, la autonomía, la dignidad ganada por la sangre de nuestros abuelos, consultemos el latir de nuestras venas y si en ellas queda una sola gota de sangre noble y generosa, demos libertad a nuestro sentir y a nuestro pensar, que es como de villanos amordazarse por miedo o por interés.

Ha llegado la hora de que la América latina en masa grite:

¡Viva México! ¡Abajo los hipócritas y a un tiempo cínicos liberticidas! Si Europa, envuelta en sus luchas, caduca, y enervada por sus vicios, calla: ¿por qué hemos de callar nosotros? Sería una vergüenza que nos precediera en la protesta de las iniquidades de hoy algún pueblo que no fuera latinoamericano, sería un baldón para nuestra historia; y pasados los siglos, nuestros descendientes, si honrados, nos execrarían con la tristeza de no poder enorgullecerse de las tradiciones de sus antepasados; si envilecidos por el servilismo, nos echarían con justicia la culpa de su desgracia irreparable.

Desgracia que no sería sólo nuestra, de nuestra raza, sino de la humanidad entera, puesto que se habría perdido un elemento irreemplazable para su desarrollo y culminación.

¡Pueblos del Anáhuac, fe y esperanza, que la América entera os acompaña!

EDWIN ELMORE

Lima, abril 23 de 1914

(La Unión, de Lima).

1 *Edinburg Review,* Setiembre. 1833.

Texto del Tratado

a punto de celebrarse entre la República de Panamá y los Estados Unidos de América

(Concluye. Véanse los tres cuadernos anteriores Véase, también, el cuaderno **16** del tomo en curso).

Damos cabida al documento que nos remite el Sr. Ledezma. Es de suma importancia. Deben conocerlo los que en América vigilan y piensan y saben más, y dar su testimonio al respecto. EL REPERTORIO AMERICANO abre el debate. Es de urgencia que ciertas cuestiones locales se conviertan en preocupaciones internacionales americanas, de modo que los desaciertos o debilidades de las comarcas chicas y aisladas no comprometan, más adelante, las posibles y diversas evoluciones de nuestra América una.

Artículo X

Las naves aéreas y centros de aviación en la República de Panamá que no sean de los que pertenecen a las fuerzas defensivas del Canal de Panamá, estarán sujetas a la inspección de los Gobiernos de Panamá y los Estados Unidos, con el fin de asegurar el cumplimiento de las disposiciones y reglas que se convengan posteriormente.

Las naves aéreas pertenecientes a ciudadanos de Panamá de los Estados Unidos y que sean manejadas por ellos, pueden navegar en la República de Panamá, siempre que, tanto las naves como sus pilotos, estén provistos de una licencia conjunta de Panamá y Estados Unidos expedida por una junta compuesta de representantes de los Gobiernos de Panamá y de los Estados Unidos, y que por lo demás se ajusten a las restricciones que recomienda la Convención sobre reglamentación de la Navegación Aérea firmada en París el 13 de Octubre de 1919, o a las otras restricciones que ambos países, de tiempo en tiempo, convengan en dictar conjuntamente.

Las naves aéreas que no sean de las pertenecientes a las fuerzas defensivas del Canal ni de las que posea y tenga en servicio oficial el Gobierno de Panamá, deberán seguir las rutas prescritas conjuntamente por Panamá y por los Estados Unidos, al volar sobre la República de Panamá; deberán aterrizar en los campos de aterrizaje o aerodromos designados conjuntamente por Panamá y por los Estados Unidos y deberán sujetarse a las demás restricciones que los dos países prescriban de tiempo en tiempo.

Al aplicar y hacer efectivas las disposiciones y reglamentos relativos a naves aéreas y centros de aviación, los dos Gobiernos considerarán como factor decisivo la seguridad del Canal de Panamá.

La República de Panamá conviene en no permitir en volar en territorio panameño sobre áreas cercanas a las defensas del Canal, salvo mediante acuerdo con los Estados Unidos.

En tiempo de guerra o cuando amenacen hostilidades, se aplicará lo estipulado en el Artículo XI de este Tratado.

Artículo XI

La República de Panamá conviene en cooperar por todos los medios posibles con los Estados Unidos en la protección y defensa del Canal de Panamá. En consecuencia la República de Panamá se considerará en estado de guerra en caso de cualquier conflicto armado en que los Estados Unidos sean beligerantes; y con el fin de hacer más efectiva la defensa del Canal, si ello fuere necesario en concepto del Gobierno de los Estados Unidos, le traspasará a éstos, durante el período de las hostilidades o mientras haya amenaza de ellas, en todo el territorio de la República de Panamá, el funcionamiento y control de las comunicaciones radiográficas e inalámbricas, naves aéreas, centros de aviación y navegación aérea.

Las autoridades civiles y militares de la República de Panamá dictarán y pondrán en vigor todas las órdenes y decretos que se requieran para el mantenimiento del or-

den público y para la seguridad y defensa del territorio de la República de Panamá, durante las hostilidades o mientras haya amenaza de ellas, y los Estados Unidos tendrán la dirección y control de todas las operaciones militares en cualquier parte del territorio de la República de Panamá.

Para la eficaz protección del Canal, la República de Panamá conviene también que en tiempo de paz las fuerzas armadas de los Estados Unidos tendrán libre tránsito en toda la República para ejecutar maniobras y otros fines militares, a condición, sin embargo, de que se dé aviso oportuno al Gobierno de la República de Panamá cada vez que hayan de entrar tropas armadas a su territorio. Es entendido que lo estipulado en materia de notificación no es aplicable a las naves aéreas del ejército o de la marina de los Estados Unidos.

Artículo XII

Mientras la República de Panamá dé curso forzoso ilimitado al dollar de oro de los Estados Unidos a la par con el Balboa establecido por ley 84 de 1904, el Gobierno de los Estados Unidos conviene en dar a la moneda fraccionaria de plata acuñada por la República de Panamá curso forzoso en la Zona del Canal, con las condiciones siguientes:

1.—La moneda panameña expresada no será de curso forzoso para el pago de peajes por el uso del Canal de Panamá;

2.—El valor nominal total de la citada moneda fraccionaria de plata panameña no excederá de la cantidad de $ 1,000.000.00;

3.—La República de Panamá con el fin de mantener la paridad legal y la equivalencia de tal moneda fraccionaria de plata con el taló i de oro, establecerá y mantendrá un fondo de reserva, depositado en una institución bancaria respetable de los Estados Unidos, una suma de moneda legal de los Estados Unidos, que equivalga siempre a no menos del quince por ciento del valor nominal de la moneda fraccionaria acuñada por la República, y a medida que ésta es acuñada, junto con una cantidad igual al señoreaje de las monedas de plata acuñadas, menos los gastos necesarios de acuñación y transporte;

4.—La República de Panamá conviene además en mantener la paridad de su moneda de plata con el talón de oro, cambiando monedas de plata cuando se presenten en sumas o múltiplos de veinte dollars o veinte balboas por oro tomando, en relación con el cambio y por medio de giros sobre este fondo de reserva, las medidas tendientes a evitar trastornos en la paridad legal de la moneda fraccionaria de plata de la República de Panamá con el talón de oro;

5.—La moneda de plata panameña expresada tendrá un valor intrínseco igual o mayor que las correspondientes monedas de plata de los Estados Unidos;

6.—La moneda de plata de los Estados Unidos será de curso forzoso en la República de Panamá, en la misma proporción que lo es actualmente en los Estados Unidos;

7.—La República de Panamá no prohibirá, restringirá o gravará la exportación de oro acuñado.

Artículo XIII

Es entendido y convenido expresamente que nada de lo que estipula este Tratado afectará en manera alguna los derechos de una u otra de las dos Altas Partes Contratantes, ni será tomado como limitación, definición, restricción o interpretación restrictiva de los derechos de cada parte de acuerdo con el Tratado de 18 de Noviembre de 1903 y con el Tratado de 2 de Septiembre de 1914, excepto en cuanto así lo disponga expresamente este Tratado; y es entendido expresamente, además, que los derechos de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, adquiridos en virtud de las concesiones que le otorgó la República de Colombia o de otra manera y los derechos de los Estados Unidos adquiridos por compra de los derechos de la Compañía Francesa del Canal, no quedan en modo alguno alterados, menoscabados ni disminuidos por ninguno de los términos de este Tratado.

Artículo XIV

Este tratado será ratificado de acuerdo con las formas constitucionales de las Altas Partes Contratantes, y surtirá efecto inmediato al canjearse las ratificaciones, lo cual tendrá lugar en Washington.

En fe de lo cual, los Plenipotenciarios respectivos han firmado este Tratado en duplicado y han estampado en él sus sellos.

Hecho en la ciudad de Washington el 28 de julio de 1926.

(Fdo.) R. J. Alfaro. (fdo.) Eusebio A. Morales. (fdo.) Frank B. Kellogg. (fdo.) Francis White.

Una política de dignidad

=Editorial de *El Tiempo* de Bogotá=

La reciente intervención de los Estados Unidos en la política interior de Nicaragua, donde, después de una conducta contradictoria y equívoca, una facción ha recibido el apoyo franco de la Casa Blanca, da actualidad al viejo tema del imperialismo, que periódicamente fatiga las prensas del periodismo continental y pone un escalofrío de angustia en el espíritu de los patriotas y de los estadistas de la parte sur del hemisferio.

A cada nuevo paso de expansión estadounidense, que busca campo propicio a su energía desbordante en estos pueblos del Sur, cuyo súbito despertar económico fija la la atención del comercio y de la industria de los Estados Unidos, el latinismo de América clama contra las amenazas de Calibán y ensaya el viejo y gastado ditirambo de Ariel, los dos símbolos shakespereanos que han venido a encarnar, por la unánime primacía de un extendido concepto literario, las dos fisonomías raciales que se delinean respectivamente en los dos extremos de América. Se quiere señalar como única causa del imperialismo yanqui, la ambición desmedida y el espíritu conquistador, de que son exponentes algunos políticos y hombres de negocios de Yanquilandia, pero no se ha querido caer en la cuenta de que la mayor parte de las intervenciones de la política extranjera de Norteamérica en los negocios interiores de los países suramericanos, han sido cuando no solicitadas ahincadamente, por lo menos puestas al amparo de la epilepsia revolucionaria, de los apetitos de las facciones o de las concupiscencias de algunos caudillos tropicales.

El caso de Panamá, de Santo Domingo, de Cuba, de Nicaragua, es un ejemplo doloroso, y frecuentemente renovado, de insensatez y de predominio del interés sectario y personalista, por encima de los supremos intereses de esos pueblos y de los futuros destinos del continente. No es solamente que exista un fuerte movimiento imperialista, que marca su parábola de Norte a Sur. Es que hay otra corriente que marcha de Sur a Norte, en la que van envueltas la soberanía y la independencia política de los pueblos de origen español. Es que de las ambiciones partidaristas de muchos cabecillas está ausente la conciencia libre de América y el sentido racial llamado a salvarla del predominio temporal del oro americano y de la definitiva absorción de una raza imperiosa, que fácilmente eliminará del mapa a las que empiezan por ofrecérsele como víctimas propiciatorias. No es el chauvinismo efectista y vocinglero, sino el sentido de la soberanía nacional, de la conciencia racial, el llamado a combatir no sólo contra la fatalidad del elemento humano, sino contra la misma fatalidad geográfica que ha retardado la evolución del Sur, poniéndola en situación de inferioridad, disculpable, pero que se puede corregir hasta eliminarla.

La enseñanza de México, donde el solo espíritn de la raza indomable ha mantenido a raya a un vecino infinitamente superior, debe tener el valor y el prestigio de un evangelio para todos los elementos de la latinidad, esparcidos desde el golfo de México hasta el estrecho de Magallanes.

La precaria existencia económica de estos pueblos, la pobreza de su comercio, puesto al lado del comercio mundial y del de un solo país como los Estados Unidos, su atormentada vida política, que oscila en muchos casos entre la hiperestesia revoltosa y el caudillaje primitivo, y la abyección de los políticos sin escrúpulos, que sacrifican a la hegemonía de un bando la independencia política de un pueblo, son las fuentes que alimentan la corriente imperialista. Tiene ella sus gestores en la audacia y en la codicia de ciertos piratas financieros,—a los cuales es preciso no confundir con la inmensa mayoría de opinión sana, imparcial y sinceramente demócrata que se encuentra en los Estados Unidos—pero encuentra sus mejores instrumentos en ciertos políticos antipatriotas, que no miran sino a su propio interés. Defenderse contra éstos y contra aquéllos, contra las tentativas piráticas de quienes tratan de adueñarse de las riquezas de estos países, y contra los políticos que por atender a su propio provecho o a su ciega pasión, no vacilan en poner en peligro la soberanía y existencia misma de la patria; defenderse contre ese doble enemigo es una de las supremas necesidades de estos países.

El doctor Concha, en un célebre discurso, resumía la política necesaria ante el imperialismo en una sola palabra: «Dignidad

dignidad, dignidad». No llevar jamás ante los representantes del coloso las discordias internas; no darle entrada en nuestras luchas; no reconocerle títulos de tutor, ni de consejero, ni de protector. Que en buena hora sea «Grande y buen amigo», pero no más. Podría asegurarse que en la base de cada doloroso incedente del imperialismo dominador, ha estado una imprudencia o una falta de la víctima, que ha solicitado apoyo sin recordar el caso de aquel insensato que, mortificado en su casa por las ratas, llevó a ellas un tigre para que las devorase. Los actuales revolucionarios de Nicaragua, que tienen todas nuestras simpatías, también cometieron la locura de principiar su campaña con el clásico y absurdo viaje a Washington, donde sus enemigos encuentran hoy decisivo apoyo.

Ese es el error que no debe cometerse jamás, y el que cuesta tan trágicamente caro a estas nacionalidades, cuyo primer deber es el de organizarse sólidamente, para presentar como su único escudo eficaz el orden, la justicia y un patrotismo inquebrantable: el frente único de la patria y su soberanía por sobre todo.

La *Biblioteca Latina Contemporánea* de París

Buenos Aires, Octubre 28 de 1926.

Señor Director del
REPERTORIO AMERICANO.

Cordialmente:

Le estimaré quiera publicar lo que sigue:

Los trabajos en pro de la *Biblioteca Latina Contemporánea* de París, que será inaugurada en Marzo de 1927, continúan con intensidad.

—La Secretaría de Educación de México, acaba de hacernos una importante donación de 25 libros y numerosos folletos y revistas.

—Los autores americanos siguen vinculándose a nuestra obra. A los siguientes hemos agradecido sus envíos:

Chile: Máximo del Campo, Aurelio Díaz Meza, Santiago Marín Vicuña y Alejandro Alvarez.

Argentina: Eliseo A. Díaz. Antonio Pauly.

Paraguay: Cecilio Báez.

Francia: Ernesto Lemonon.

Los envíos deben hacerse a Julia García Games, 14 de Julio, 1074. Buenos Aires.

Sin otro particular salúdale muy atto.,

JULIA GARCÍA GAMES



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

Glosas

(De *A. B. C.* Madrid)

La R. de Europa.—¿Tiene Europa un alma? Yo siempre me he figurado que sí. No importa que esta alma quede, a veces, sumida en la inercia por años y más años. Podría dormir siglos enteros. Así hace lo que el *folklore* universal llamó «la Bella Durmiente del Bosque...» Sin perjuicio de su despertar en el momento vaticinado y del triunfo de las inmediatas nupcias.

Como en un mapa delineado y hablado, la palabra Europa reparte sus elementos, sus letras entre las distintas naciones. La E, a la extrema izquierda; la A, a la extrema derecha.

Un día del último verano Octavio de Romeu se encontraba en una ciudad de orillas del Rhin. Empleó la tarde en visitar estudios de artistas jóvenes. Escuchó la confesión de sus inquietudes, de sus ideales. Volvió muy contento.

—¿Se puede saber—le preguntamos—qué bienandanza le trae a usted tan contento?

—Amigos míos—nos contestó,—esta tarde he vuelto a encontrar alguna cosa que temí perdida. *He vuelto a encontrar la R.*

La educación de la voz.—Me gustaría que los maestros de España se dieran a educar, en la infancia, las voces. No para el canto, no. Casi diré que para todo lo contrario que el canto.

¿No se educan las actitudes, los gestos? ¿No se le dice al niño: «la cabeza erguida», «los dedos que llevan la pluma, así», «el cuchillo, en la derecha», «fuera las manos de los bolsillos»? ¿Por qué, pues, no preparamos las voces a la agilidad, al decoro; siempre que sea posible, a la belleza?

Es corriente en España que mujeres en todo venustas fallen y nos desencanten en el capítulo de la voz. Arde la hermosura de los ojos, deslumbra la calidad de la tez, la boca es un fruto y todo el cuerpo una música. Pero la voz, lo más contrario a una música. Cada impulso del cuerpo significa una alusión a una cultura muy antigua y muy noble, si no los que producen palabras que salen agriadas como por un relente de barbarie próxima.

¿Se limita la enseñanza de la ortografía a los paralíticos? ¿Por qué, pues, limitar la enseñanza de la ortofonía a los tartamudos?

Colegios.—No lejano, si bien se mira, al tema anterior, hay otro que me ha preocupado más de una vez. Y que se incluye en la pregunta siguiente: ¿Por qué, entre nosotros, las clases privilegiadas no parecen apetecer para sus hijos instituciones pedagógicas excepcionales?

Dejo aparte, por hoy, el problema de sí, socialmente hablando, es deseable la existencia de las mismas. Me limito a observar el hecho y a manifestar mi extrañeza ante el mismo. Que aquél se produce es indudable. Existe aquí el señor que tomó un preceptor para su hijo o que le manda a un colegio extranjero. No existe aquí el grupo que se resuelve a mantener una institución, que, siendo nacional, quede reservada por su orientación, por su calidad, por su coste, a la preparación de una aristocracia, a propósito para representar un día papel selecto y directivo en la vida del país.

Y este magnate que se creería deshonrado adquiriendo un gabán en un bazar, acepta, para su hijo, en una institución de novecientos alumnos y precios módicos, una educación municionada.

Si esta sumisión obedeciera a un espíritu de fraternidad, podría estar bien. Pero creo que no encontraré contradictor si aseguro que, en la mayoría de los casos, el origen del hecho no hay que buscarlo en la democracia, sino en la indiferencia.

Vivir de arte o de ciencia.—El arte tal vez es un producto más fino que la ciencia. Pero la vida artística, en las condiciones actuales, es un ejercicio menos refinado que la vida científica.

Siéntese ello con mucha fuerza en París, donde la vida artística, por su abundancia, pululación, facilidad, vulgaridad y nivel, está muchas veces a punto de producirnos la náusea. El vivir científico ha podido, en cambio, quedar libre de cierta difusión y de ciertos contactos. Sobre todo ahora, cuando casi fatalmente consagra a la pobreza, este vivir científico va adquiriendo a nuestros ojos la pátina de una suprema distinción.

«Fulano, el genial pintor», nos dicen en una presentación salonera; y ni le miramos... Al revés, si oímos. «Zutano, un matemático distinguido», nuestros ojos van a prenderse en seguida en el misterio de ésta para nosotros nueva y atrayente personalidad.

Aviso a los jóvenes, en trance de revelación de vocación. Porque, en eso de la vocación, ya sabemos que hay enredadas muchas supersticiones.

Nuestra verdadera vocación son nuestras obras—o nuestras palabras,—que tiran de nosotros en un sentido determinado.

Quitar.—Tomar un bloque y quitar lo que sobra, será siempre la fórmula suprema de la escultura.

Y la de muchos negocios más. La política,

inclusive. Y no digamos si la elegancia, y aún la virtud.

Pero volvamos a la política. ¿Qué significa hacer política, en el sentido más amplio? Pasar un pueblo de la prehistoria —que, en mi sentir, debiera llamarse sub-historia—a la historia. Obligarle a que tenga memoria, impidiéndole que se deje vivir.

Para ello es indispensable elegir, reparar, cortar. Despertar un contorno significativo, en la mole compacta de lo salvaje.

Bienaventurados—si no en dicha, en dignidad—los pueblos que conocieron un gobernante con temperamento de escultor.

EUGENIO D'ORS

Mensaje al Sr. Director de la Unión Panamericana

El Salvador reasume su puesto de adalid en Centro América

(Especial para *La Prensa* de Buenos Aires)

La Libertad, noviembre 20.—Se ha dirigido hoy al director de la Unión Panamericana, doctor Leo S Rowe, en Washington, el siguiente mensaje:

«Cinco millones de centroamericanos se hallan indignados ante el proceder del departamento de Estado de Washington al reconocer el gobierno de Adolfo Díaz, surgido de la violación de pactos y de la burla de las aspiraciones del pueblo nicaragüense, con la complicidad del representante de los Estados Unidos, Mr. Dennis.

»Al negarse a reconocer el gobierno del señor Chamorro, ese departamento de Estado desencadenó la guerra civil en Nicaragua, y ahora que se han perdido centenares de vidas y se han destruído vastas zonas de propiedad, en defensa de la constitucionalidad política, los Estados Unidos otorgan el reconocimiento al usurpador Díaz.

»La política falaz de los Estados Unidos está al servicio de banqueros y tiranos. No es panamericanismo lo que puede haber en una nación que auspicia pactos violados. Lo que hay es mala fe e intereses ocultos.

»Las protestas de los pueblos centroamericanos, expresadas en las columnas de la prensa libre, revelan, en su oposición a la política imperialista de los Estados Unidos, que estos pueblos están unidos por lazos de fraternidad continental».

Firman el mensaje los siguientes directores de diarios: Miguel Pinto, del *Diario Latino;* Enrique Mayorga Rivas, del *Diario del Salvador;* Alfredo Parada, de *El Día,* Manuel Andino, de *El Salvadoreño*, y Dutriz Hermanos, de *La Prensa*.

Glosando unas acotaciones

Barranquilla, octubre 7 de 1926.

Señor don J. García Monge.
San José de Costa Rica.

Distinguido amigo:

En *Motivos Colombianos*, revista que se publica en Panamá city, y en un número que es ahora cuando veo, ha hecho algunos reparos el Dr. Oscar Terán, su ilustre director, a mi último libro publicado, *Rincones de Mar.* Quiero glosar un poco, brevísimamente, aquellas acotaciones del Dr. Terán, mi estimable compatriota, y para ello pido a usted lugar en su amplia y alta revista de cultura hispoamericana. ¿Sería usted tan bondadoso? Bien. He aquí la glosa:

Dice el Dr. Terán que estos poemas míos, de *Rincones*, no son en su concepto «el mar mismo»—como el llama,—sino simples estampas de algunos rincones marinos entre los que «falta el puerto de Panamá», cuyo fenómeno de las mareas, singular y bello, olvidé tratar en esos cuadros. Conformes. Realmente no pensé de manera particular en Panamá al tratar mis asuntos marinos, como no pensé en ningún otro puerto cualquiera, aunque en ellos están todos los puertos que yo he conocido. Esto, pues, como verá el Dr. Terán, no es un defecto y quizá sea—eso sí—una cualidad.

Añade el Dr. Terán que «el mar mismo» está en Quintana, en Núñez de Arce, en Caro (José Eusebio), en Florez, etcétera. Y cita aquellos versos de estos poetas que le pareció que mejor pintan el mar como él lo comprende. Quintana llámale *soberbio;* Núñez de Arce, *profundo;* Caro *inmenso*... Son los adjetivos que cita el Dr. Terán. Y sin embargo, yo expresaría al Dr. Terán la seguridad de que no cambiaría ninguno de mis versos que no son «el mar mismo» por aquel, de Caro, que él cita como modelo, y que empieza:

«Eres con toda tu mole...»

Sigue diciendo el Dr. Terán que yo me he contentado en mis poemas con copiar del natural, sin poner en ellos «espiritualidad» alguna. Por que el Dr. Terán no cree, como Amiel, que el paisaje tiene su ánima, latente, presente; ni sabe, tal vez, qué mucha de la esencia espiritual contenida en la poesía de hoy, que no es sentimental, ni lacrimosa, ni arrogante—a lo Quintana,—pasa fatalmente, lógicamente, inadvertida para la callocidad auricular quintanesca, arceana, etcétera, de la mayoría de los lectores eruditos. En ella, es decir, en tal poesía de hoy, *espiritualidad* quiere decir *sensación*. Parva es la diferencia, amigo Monge, pero prueba el error de aquella otra cita del Dr. Terán, muestra de lo que él quisiera hallar en nuestro arte de la hora, el arrebato lírico, la exaltación teatral muy siglo XVII que pedía, como en el Quintana de las notas del Dr. Terán,

«a las *soberbias* olas,»

que se calmaran y no respondieran a sus palabras enardecidas

«desde su seno *líquido*,
con eco turbulento»

Pero, basta. Dice también el Dr. Terán—y este es otro curioso reproche que me hace—que mi poesía «no es vaga, ni indistinta, sino PRECISA, SINTÉTICA, INSTANTÁNEA y MASCULINA». Oh, tales adjetivos serían, así en mayúsculas, los cuatro clavos de oro con los que fijaría en mi ex-libris la divisa de mi arte. Coinciden ellos con algunas palabras de críticos, nada *estupendos* que dijera Silva, pero sí inteligentes: «Usted ha sabido aprisionar el mar, que ha sido siempre el gran rebelde» (Jorge Zalamea). «Hasta la mas corta de sus canciones respira aire marino» (Max. Grillo). «Nos ofrece usted todos los aspectos y matices marinos». (Saúl de Navarro). Y por no alaagar esta pesada epístola, corto las citas. Perdón, amigo García Monge.

Para terminar sus glosas el Dr. Oscar Terán, que ha viajado por Grecia, Egipto, Siria, etcétera, declara que se abstiene de marginarme un poco más por no hacer el Valbuena, (a quien—lo dice allí mismo—«admira todavía»), apesar de que en algunos de mis poemas «le ha parecido discernir pecados de dicción y de versificación». (Ah, Dr. Terán, es delicioso pecar siempre, en el arte y en la vida!)

Ruégole, señor Gaarcía Monge, dispensar tanta molestia y considerarme como su adicto amigo,

G. CASTAÑEDA ARAGÓN

Barranquilla. Colombia.

El poeta Soto Hall

Hace muchos años vivía entre nosotros un hombre que escribía versos, que hacía finos estudios de psicología femenina, que sorprendía el porvenir de esta patria en las regiones dominadas por el trabajo y la industria extranjera; que decía en elegante forma la historia de muchos de nuestros buenos hombres y de nuestros héroes. Un día este hombre fué a buscar el calor de otro hogar, el del suyo propio. Ha seguido siendo fiel a su oficio de hacer versos y de decir en elegante forma muchas cosas que son indiferentes para el mayor número. Al cabo de muchos años ha vuelto entre nosotros, y cosa grata para su espíritu, ha encontrado florecidos los jardines líricos que él cultivó generosamente. Nobilísima recompensa para esta clase de hombres que siembran ideas, que mueven la sensibilidad de los demás, que sorprenden la emoción de las cosas y la expresan en versos sencillos o complicados. Estos gérmenes no perecen; siguen ellos solos trabajando en la sustancia luminosa del alma y un día se convierten o en luz o en canto conmovedor. El poeta Soto Hall ha encontrado que en el alma de los costarricenses no se había olvidado su nombre. Volverá a irse lejos de nuestras costas, que él ha cantado, lejos de nuestras montañas, lejos de nuestra vida silenciosa. ¿Regresará algún día de nuevo? Y aunque no regrese, de cuando en cuando habrá quien piense amablemente en el recuerdo de todo lo bello que él realizó entre nosotros.



Visto por Noé Solano

Ahora van a poner una medalla de oro sobre su pecho. El oro de hoy es el laurel antiguo. No se paga con esto la deuda de los costarricenses al poeta amable; pero la luz limpia de ese oro dice todo el claro sentir y la gratitud legítima que tenemos para él. Cuando él se presente a otros hombres, los hombres de otras patrias hacia las cuales él va impulsado por un anhelo de peregrinación, la luz de ese oro le envolverá en una aura deslumbrante. Eso será su leyenda de poeta: el mundo fantástico que él formó con la sustancia de su alma ha puesto el sello de una aurora sobre su frente. Que siempre sea reconocido con leal y profundo agradecimiento lo que esta casta de hombres hizo en bien de este país: los ha habido maestros; los ha habido soldados; los ha habido religiosos. Soto Hall es poeta. El rompió un vaso de perfume exquisito en nuestras cámaras. Diez, quince, veinte años después, esa misma esencia perfuma las breves o largas horas que su nuevo destino le hace vivir entre nosotros. He aquí el hombre tras de quien el trigo florece en oro y el mar indígena se ofrece como un portador de su vela latina.

Rómulo Tovar.

(*La Prensa*. San José de Costa Rica)

Bibliografía titular

Los libros recibidos en la semana

De don Martín García: (Librería La Normal, 7 N.º 1119. La Plata. Rep. Argentina):

Fundación del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires. 1926.

De la *Editorial Atlas* (Remitente: T. R. Casilla 8, Matheu 275. Buenos Aires. Rep. Argentina):

Elías Castelnuovo: *Entre los muertos*. (Narraciones), Editorial Atlas. Buenos Aires. 1926.

De los autores:

Dr. José de la Cruz Herrera, Panamá, R. de P.: *El Fedón* o Acerca del Alma, de Platón. Nueva versión del original griego. Mcmxxvi. Editorial La Academia. Panamá, *Nociones fundamentales de Pedagogía*. mcmxxv. Editorial La Academia. Panamá, R. de P.—*Panamá la vieja*. Primera parte. Resumen histórico.—*Educación y Coeducación en Panamá*. Segunda edición. Panamá.

Eduardo Uribe (Colegio Internacional. Olivos, Buenos Aires, Rep. Argentina): *Atisbos*. (Poesías). Buenos Aires. 1926.

César Brañas. (Guatemala, R. de G.) *Tú no sirves. La vida enferma*. Novelas y Alejandro Córdoba: *Espigas al viento*. Crónicas. Prólogo de Flavio Guillén. Ediciones Literarias El Imparcial. Guatemala.

Samuel A. Lillo. (Santiago de Chile): *Bajo la Cruz del Sur*. Poemas. Editorial Nascimento. Santiago. Chile. 1926.

Manuel Ugarte. (54, Rue Saint-Philippe. Nice. France): *La vida inverosímil*. Barcelona. Casa Editorial Maucci.

Dr. Ch. André (9 rue de la Convention. París): *Comment s' est peuplée l' Amerique*. Extrait de «La Presse Medicale». París. 1926.

Tomás Soley Güell (San José de Costa Rica): *Historia Monetaria de Costa Rica*. Imp. Nacional. San José, Costa Rica. 1926.

Rosamel del Valle (Casilla 2898. Santiago de Chile): *Mirador*. Poemas. Ediciones Panorama. Santiago de Chile, 1926.

Falo. Síntesis del imaginador Emilio Armaza. mcmxxvi. Puno. Perú. América del Sur.

I. Vazquez (Maracaibo. Venezuela): *Poesías*.

Luis Eduardo Nieto Caballero. (Apartado Nº 49. Bogotá. Colombia). *Hombres de fuera*. Tomo 17 de las «Ediciones Colombia». Bogotá. mcmxxvi.

Literatura Ecuatoriana. Apuntaciones Históricas. Segunda Edición. Ediciones de la Biblioteca Nacional de Quito. Quito. 1926.

Isaac J. Barrera. Apartado Letra N. (Quito. Ecuador):

Alvaro Yunque. (Estados Unidos, 1824. Buenos Aires. Rep. Argentina): *Barcos de papel*. (Cuentos para niños). Portada e ilustraciones de Ret. Sellawaj. 1926.

J. B. Jaramillo Meza. (Manizales. Depto. de Caldas. Colombia): *Alma Helénica*. 1926. Manizales.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

En la margen del Jordán

Por Maximo Soto Hall

Canto segundo de HERODÍAS (Poema bíblico), ha poco salido, con suma pulcritud y elegancia, de las prensas de Dña. María vda. de Lines.

Dedicado al gran poeta argentino ARTURO CAPDEVILA, el poema comprende estas partes:

I. - Desde Tiberiades. II. - En la margen del Jordán. III. - En el antro de Machaeronte. IV. - En Jerusalem. V. - El implacable. VI. - La promesa de Salomé. y VII. - Los restos de la orgía.

El memorable asunto bíblico aparecé enfocado desde un punto de vista original y nuevo. Recomendamos la lectura de HERODÍAS, un bello libro más con que el Sr. Soto Hall ha querido contribuir al haber literario de Costa Rica.

Precio: del ejemplar: ₡ **2.50,** y en la Librería Española de Dña. María vda. de Lines.

Amanecía. El sol su fulgente oleaje
Volcaba sobre el mundo y emergía el paisaje
De las dispersas sombras, tranquilo y magestuoso,
Como al conjuro mágico de un pincel milagroso.

Sombreaban los caminos palmas y sicomoros;
Mugían colectando sus vacadas los toros;
Los camellos al peso de su carga, abatidos,
Marchaban silenciosos cual si fuesen dormidos,
Mientras que las palomas, con su ruidoso vuelo,
Cruzaban en bandadas la inmensidad del cielo,
Y por doquier brotaba esa armonía incierta
Del mundo que a los besos del alba se despierta.

La soberbia Herodías, en modesta litera,
A hombros de cuatro esclavos con rumbo a la ribera
Del Jordán se encamina, sola, sin aparato
De fuerza. No a la fuerza, ni a la pompa, ni al boato
Quiere deber su triunfo. Es mujer y se ufana
De conquistar como hembra, no como soberana.

Del Jordán en la margen, cabe un dulce remanso
Donde la fresca sombra predispone al descanso
Y a la meditación, sobre la verde grama,
Diseminada en grupos la gente se derrama
Para oír al profeta y recibir del mismo
En las sagradas aguas la gloria del bautismo.

Tras de breves momentos, entre la fronda espesa,
Como león que avanza en busca de su presa,
El hijo del desierto aparece. Una chispa
Genial en sus pupilas. Su solo aspecto crispa.
Se detiene y sacude su cabeza. El cabello
Suelto en rizos ondula por su robusto cuello.

—¡Temblad, raza de víboras!, dijo. En su voz había
Vibración de amenaza y luz de profesía.

—No confiéis al bautismo la salvación. Precisa
Que deis frutos de bien. Debe el alma sumisa
Buscar la penitencia. No blasonéis ufanos
De ser hijos de Abraham. Dios puede hacer hermanos
Vuestros con los guijarros que erizan el camino,
Más que vosotros dignos de su favor divino.
Temblad, la hoz está lista, ya toca las raíces
Del árbol. No vendrán nunca días felíces
Sin arrepentimiento. ¡Arbol que no dé fruto
Se talará y al fuego pagará su tributo!

Después como Isaías en su carro fulgente
Se remontó muy alto. Su verbo era un torrente
Arrollador.
Maldijo el nombre del Tetrarca,
Maldijo al fariseo que profanaba el arca
Con mentidas virtudes y al escriba que hacía
La ley a su capricho. Habló de un nuevo día
De concordia y de paz. Días serenos,
Reinado de los justos, los sabios y los buenos.

Su voz se hizo caricia. Un resplandor de aurora
Iluminó su rostro, tal como cuando dora
El sol una campiña.
—Vendrá, dijo, el cordero
De Dios, alma sin mácula, celeste mensajero
De amor que borrará los pecados del mundo.

Pero otra vez su rostro se transformó. Iracundo
Volvió a tronar su acento.
—Aparta, flor de fango,
Clamó. Estaba con toda la altivez de su rango
Herodías enfrente.
—Manzana del Mar Muerto
Que un montón de cenizas atesoras cubierto
Con rosada corteza. Retem de flores blancas
Y de amargas raíces. En torno tuyo estancas
Todo lo que es impuro. Las sábanas del lecho
Apestas con tus carnes; el aire de tu pecho
Envenena el ambiente.
Quebranta las cadenas
Con el macho que tiene sangre tuya en sus venas
Y otra mujer que vive.
No cosecha el que siembra
En el cercado ajeno. Deje al macho la hembra.
¿Qué buscas? ¿De mis manos pretendes el bautismo?
Anda y busca a Filipo. Escapa del abismo
De abyección en que vives. El gran palacio deja.
Vuelve al redil perdido, desventurada oveja!

Enmudeció de nuevo su palabra candente;
Se borraron las grandes arrugas de su frente,
Cesaron los relámpagos, mensajeros de enojos,
Y rayos de ternura brillaron en sus ojos.

Herodías, movida por la extraña mudanza,
Nacer sintió en su alma un brote de esperanza.

Mas él no reparaba en ella. Fijo, atento,
Como bajo el dominio de un gran fascinamiento,
Miraba hacia la entrada de un bosque de palmeras
Que al viento balanceaban sus lacias cabelleras.

Sobre el obscuro fondo de la verde espesura—
Evocación divina—, despuntó la figura
De un joven alto y pálido. La barba nazarena
Remataba su rostro; su mirada serena
Atesoraba oculto un misterioso halago,
Y era diáfana y límpida como el cristal de un lago.
Su presencia era noble e irradiaba como una
Claridad apacible de una noche de luna;
Y avanzaba tranquilo, con paso lento y grave
Que más que paso era como el vuelo de un ave.

—Oremos, dijo Juan, es llegada la hora.
Va, sobre el mundo en sombras, a despuntar la aurora:
Ya vino el que debía venir; aquel que era
Antes que yo y será después; aquel que impera

Sobre tierras y mares; celeste mensajero
Que ha de tomar el bieldo y llenar el granero
Que dé pan al espíritu: el mismo que Isaías
Y Daniel anunciaron en santas profesías.

Y sus ojos crecían y su labio temblaba,
Mientras el de la túnica blanca se aproximaba.

—Juan, le dijo:
bautízame; las Santas Escrituras
Lo han dicho.
—Nunca. Con mis manos impuras
Yo. Señor, no soy digno ni de atar la correa
De tu sandalia.
—Cumple!
Y Juan repuso:
—Sea.

Y derramó su mano la linfa cristalina
Sobre aquella cabeza de belleza divina.

Después se echó a sus plantas. La noble mansedumbre
Era tan fuerte como para humillar la cumbre.

Herodías miraba con asombro la escena.
¿Quién era aquel mancebo de casta nazarena
Ante quien Juan, el hombre indomable y bravío,
Se inclinaba sumiso? ¿Qué extraño poderío
Tenía el nazareno? ¿Qué personaje era
Que así trocaba mansa a la indomable fiera?

Fuera de sí, turbada por indecible asombro,
Ocupó la litera que llevaron al hombro,
Con movimiento rítmico los esclavos, y el viaje
Emprendieron de vuelta. El soberbio paisaje
No atraía sus ojos. En un sacudimiento
de dudas se abismaba todo su pensamiento,
Mientras el sol brillando radioso en el espacio
Atomizaba el mundo con polvo de topacio.

Apuntes

acerca del conflicto religioso de México, dictados por el señor don Luis F. Ibarra en la Universidad Popular de San José de Costa Rica el día 7 de diciembre de 1926

Señores:

La Justicia me mueve a dictar esta conferencia sobre el conflicto religioso de México. La Justicia que no puede ser destruída por la fuerza bruta, porque ella tiene la misma sangre, el mismo valor, la misma realidad de esa ley universal que se llama compensación. Podrá ser ultrajada, escarnecida, humillada, pero nadie la puede destruir, como no se puede matar la luz, la verdad, porque ellas son fuerzas inmutables y eternas como Dios.

Estas notas las dedico a los obreros y juventud de México y Costa Rica.

Principiaré leyendo algunos párrafos y varios documentos del discurso del Ingeniero don Luis L. León, pronunciado en el Teatro Iris de México con motivo de la controversia que sostuvo con el Licdo. don Manuel Herrera Lasso sobre el conflicto religioso del momento. También leeré algunos documentos sobre la expulsión de los Jesuitas en Costa Rica, en el año de 1884.

Transcribo enseguida un párrafo muy interesante del conferencista señor León:

«Y como datos reveladores de esta inmensa riqueza podemos proporcionar los siguientes: en el Siglo XVIII, cuando fueron expulsados los jesuitas de España, y también de la Nueva España, el Virrey Marqués de Cruillas, que llevó a cabo la expulsión, informa siquiera vagamente de los bienes que le fueron confiscados a esta orden; pero como dato revelador bástenos saber que fuera de las fincas urbanas que figuraban en una cuantiosa lista como bienes de productos, y a más de las respetables sumas en capitales impuestos, poseía la sola orden de los jesuitas 123 haciendas, con la extensión que tenían las antiguos latifundios en tiempo de la Colonia. Y al final de la dominación española se tiene como datos vagos los siguientes, que pueden dar una idea del poderío económico que había alcanzado el clero en nuestro país:

»Sólo por productos de capitales impuestos se tienen datos que en aquella época se percibían:

Arzobispado de México, pesos al año 123.000.

Arzobispado de Guadalajara, pesos al año 110.000.

Arzobispado de Valladolid, pesos al año 100.000.

Arzobispado de Guadalajara, pesos al año 90.000.

»El clero ha combatido constantemente la doctrina agrarista y la doctrina laborista, por eso cree argumentar tan bien para negar, según la doctrina de la Iglesia, el derecho de dotar de ejidos a los pueblos, al Gobierno legítimo de la República y a pesar de estar vigente la Constitución de 1917. Yo pregunto a quienes sustentan esa doctrina, ¿en nombre de qué derecho Alejandro VI dotó con un continente a la Corona Española?

»La historia de nuestras vicisitudes políticas, es la historia de las constantes tentativas del Clero Católico para obtener el poder político, desde la acción de su primera fundación en la Colonia hasta este llamado conflicto religioso en nuestros días».

Leídos los anteriores documentos, ¿de parte de quién está la razón? ¿La tiene el Clero o el Gobierno? Sea justa o injusta la Constitución de México, el Clero debe someterse a ella, obedeciendo a aquel principio de Jesús que dice: «rechaza toda violencia, porque es preferible sufrir de los injustos que ser injusto». ¿Cuál es la causa principal de este conflicto entre el Clero y el Estado? Los intereses materiales, nada más. ¿Quién es el rebelde? El Clero. Este ha metido la brasa de la revolución en el corazón del pueblo católico para que defienda sus intereses. Ha cerrado sus templos en son de protesta para que el fanatismo se lance a la calle y despliegue las banderas del odio y la sangre contra sus propios hermanos. Ha creado el boicoteo económico como una arma contra el Gobierno constituído; en fin, para reclamar sus derechos ha montado en cólera medioeval contra sus enemigos y ha dado margen para que se derrame por su culpa mucha sangre inocente. Con esta conducta el Clero de México ha olvidado aquellas palabras de Cristo: «Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os aborrecen. Perdonad y seréis perdonados». El mismo Sócrates, que no era cristiano, dice: «No se debe devolver a nadie injusticia por injusticia, mal por mal, sea cualquiera la injuria que hayas recibido». Y Giovanni Papini, en su obra *La Historia de Cristo*, habla así: «La ley del Talión puede dar un consuelo bestial al que fué herido el primero; pero en vez de detener el mal lo multiplica». Si las doctrinas de la Iglesia son las mismas que las del Nazareno ¿por qué apela a la violencia para reclamar justicia? La rebelión, la violencia, han sido las causas por las cuales FUERON expulsados de CASI todos los países de América los Jesuitas. La hegemonía económica y política que ha ejercido el Clero en todos los países de nuestra raza, desde España hasta México, ha traído como consecuencia estos frutos del odio entre la Iglesia y el Estado. Aquí mismo en Costa Rica, cuyo pueblo es manso y amante de la paz, se han cosechado estos frutos sembrados por esa misma hegemonía. La palabra Divina dijo: «Por el fruto es conocido el árbol.» La Iglesia sembró la cizaña en esta tierra como en otras muchas, no por defender los bienes del espíritu sino los de la materia...

Y he aquí la razón por la cual el catolicismo va perdiendo terreno en las conciencias humanas y dando lugar a que las religiones enemigas conquisten a muchos feligreses de nuestro templo: los sacerdotes católicos no se preocupan en este siglo burgués de los tesoros del Cielo; viven y

practican la doctrina de Manmón, es decir dedican casi todas sus energías a los tesoros de la tierra.

El motivo de esta conferencia no es atacar sistemáticamente la Iglesia que fundó San Pedro. Soy católico por herencia y por educación, pero amo la verdad y la justicia sobre todas las cosas; amo la profunda enseñanza de Cristo, que vive olvidada y oculta entre la seda y el oro del Catolicismo... El hábito no hace al monje y es necesario que hoy y siempre la verdad del Cristianismo resplandezca al sol desnuda, y limpia, pura y luminosa como la luz... Así lo dijo el divino maestro en aquellas parábolas: «ninguno que encienda la antorcha la cubre con vasija o la pone debajo de la cama, mas la pone en un candelero para que los que entren vean la luz, porque no hay cosa oculta que no haya de ser manifestada ni cosa escondida que no haya de ser entendida y de venir a luz».

Me mueve solamente al tratar este conflicto religioso, como lo dije al principio, la justicia. No pretendo criticar a la Iglesia Católica en sus grandes errores. Estos ya han sido discutidos sabiamente y son cosas del pasado, así como también han sido reconocidas por la crítica imparcial las grandes obras realizadas por ella en el transcurso de los siglos. Todas las bellas artes le deben mucho a Iglesia de Roma: la escultura, la pintura, la música, la arquitectura, la poesía, han encontrado riquísimas fuentes de belleza para dar forma y vida a obras inmortales y divinas. Los países de la América Latina también le deben mucho: las primeras universidades y las primeras instituciones de caridad... Mi crítica va hacia los curas intransigentes y fanáticos, que predican el odio y comercian con el culto sin escrúpulo ni medida, que olvidan a Cristo y adoran a Barrabás. ¿El actual conflicto que el Clero de México ha planteado al Gobierno se funda tan siquiera en una de las columnas del Templo de Jesús? ¿Qué es lo que defiende? ¿Por qué lucha? La contestación es obvia, porque desprecia aquellas parábolas desinteresadas que dicen: «y al que te quitare la capa ni aún el sayo le defiendas». «Mas ay de vosotros, fariseos que amais las primeras sillas en las sinagogas y las salutaciones en las plazas». «Mirad y guardaos de toda avaricia porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee». «Vended lo que poseeis y dad limosna. Haceos bolsas que no envejecen, tesoros en los Cielos que nunca faltan, porque adonde está vuestro tesoro allí está también vuestro corazón. Cualquiera de vosotros que no renuncie a las cosas que posee no puede ser mi discípulo».

Para dar mayor fuerza a mis palabras voy a leer a continuación algunos párrafos de la obra *San Francisco de Asís* escrita por doña Emilia Pardo Bazán. Por la lectura del texto se apreciará cómo algunos papas y santos de la Edad Media reprobaron de una manera acerba la conducta de aquellos sacerdotes de entonces que no practicaban lo que enseñaban y que pareciera que hubieran vivido en estos tiempos de mercantilismo y corrupción. Debo advertir que la señora Pardo Bazán, a quien cité anteriormente, es absolutamente católica, apostólica, romana. La Iglesia en el actual momento de su vida necesita regenerar a sus ministros eclesiásticos; la fe se muere, se oscurecen las conciencias y los templos porque la luz de Cristo falta en ellos... Los feligreses católicos cumplen sus deberes religiosos por costumbre, maquinalmente, sin amor, sin sentimiento, sin devoción. Se hace necesario que vuelva San Francisco de Asís y sus hermanos menores a la tierra para que enciendan nuevamente la antorcha del Cristianismo. Se necesita que este Santo de Asís le diga a los clérigos de hoy lo aquél le decía con santa humildad a sus hermanos: «roguemos a los apóstoles nos logren esa gracia de nuestro señor Jesucristo que por su santa misericordia nos conceda el merecimiento de ser verdaderos amantes, observantes y humildes discípulos de la preciosísima, amadísima y angélica pobreza».

La obra y el templo de Jesús están por hacerse: las columnas de ese templo espiritual son: paz, libertad, amor y caridad. Estos principios aún no existen hechos carne y alma en la conciencia de los hombres. ¿La Paz? Es un mito. La Libertad? Apenas alborea sobre algunos pueblos. ¿El Amor? No ha pasado de ser egoísmo. Amamos al prójimo pero al través de nuestro propio Yo. ¿La Caridad? Solamente ha tenido unos cuantos apóstoles en la tierra: San Vicente de Paul, San Francisco de Asís y sus doce hermanos, Fray Bartolomé de las Casas y algunos otros cristianos que han practicado el bien en silencio. Lo demás que existe es hipocresía vestida con el manto de la Caridad.

Ahora, para probar de una manera patente que los representantes del Papa no cumplen con el espíritu de los Evangelios, me permitiré leer la Pastoral que el Arzobispo de Managua, Monseñor Lezcano, le dirigió a los soldados católicos de Nicaragua; a continuación copio lo más sobresaliente de esas beatíficas palabras:

«Tratándose de repeler la maléfica influencia del actual Gobierno Mexicano, que nuestro Santísimo Padre Pío XI ha calificado de ACCIÓN ANTICATÓLICA QUE AMENAZA INVADIR LOS PAÍSES DEL SUR, no sólo dirigiremos vehementes pastorales a nuestros fieles, y les pediremos que hagan encarecidas oraciones que Dios Nuestro Señor nos libre de tan grave y extremo mal, sino también hablaremos, con el alma, a los soldados católicos nicaragüenses, invitándolos a la heroica inmolación en aras de nuestra fe sacrosanta.»

«Les diremos apropiándonos la ardiente arenga, que registra la Sagrada Escritura, del invicto Judas Macabeo, capitán de las bandas de Israel: «Armaos y tened buen ánimo contra los que se han unido contra nosotros para echar por tierra nuestra religión; porque vale más morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nación y del Santuario».

También leeré un periódico católico de San José que se desata en improperios contra el Presidente Calles.

Después de leída esa Pastoral, ¿qué concepto se forma la concurrencia que me escucha de Monseñor Lezcano? ¿Cuál es el hijo de Nicaragua que siendo verdadero católico, no sienta una angustia en el corazón al ver que el Pastor de su Iglesia le da puñaladas a su fe, ciego de ira? ¿A qué soldados les dice que empuñen el arma y vayan a morir para salvar el santuario de Cristo? ¿A los Conservadores o a los Liberales? En materia de religión todos los nicaragüenses somos conservadores y me atrevo a decir que hay más conservadores en el Partido Liberal que en el otro. ¿Cual habrá sido el motivo oculto de esta Pastoral? Ya me imagino la causa: es que Monseñor Lezcano es conservador chamorrista y ha obedecido a los impulsos de la pasión política para decirle al hermano conservador católico que mate al hermano católico liberal. Pienso que el Arzobispo de Managua se ha ofuscado al escribir esa carta de odio y que ha olvidado lo que le dijo

Jesús a Pedro cuando éste trató de acometer a los que llegaban a prender al Maestro: «El que a hierro mata a hierro muere» y le ordenó que tirara el cuchillo. ¿No habrá pensado nuestro pacífico arzobispo que mañana, por ley de compensación, le puede caer el azote de Dios empuñado por el Liberalismo Católico? Y ahora se me ocurre una pregunta oportuna a este respecto: si esto que acabo de referir lo practica y enseña el Jefe del Catolicismo en Nicaragua, país en donde no existe un verdadero problema económico que resolver con la Iglesia, ¿qué no enseñarán y practicarán los clérigos de México?

Uno de los principales motivos que me ha impulsado a escribir estos apuntes, ha sido el desconocimiento absoluto que se tiene en Costa Rica del actual conflicto religioso de México. En conversación con algunos amigos que tengo en este país respecto a este asunto he oído con pena algunas de estas expresiones: México es un país de salvajes. Está asesinando clérigos. Hay muchos bandidos. Sólo vive en revoluciones, etc. Estas expresiones prueban que aquí, como en muchos países de la América, no se conoce por la mayoría el movimiento cultural de aquel país: ¿podrá ser salvaje una nación que tiene un presupuesto de cincuenta millones de pesos para Instrucción Pública, la mayor parte de los cuales se emplean en crear y mantener escuelas desde la más elemental hasta las universidades? ¿Podrá llamarse salvajes a los gobiernos que han establecido para la cultura de su pueblo tres departamentos esencialmente educativos como son: El Departamento Escolar, Departamento de Bibliotecas, que cuida de llevar libros a los más apartados rincones del país, y el Departamento de Bellas Artes, que cuenta con orfeones, orquestas, museos, exposiciones de arte, representaciones teatrales y otras instituciones más de esta índole? ¿Será salvaje por sus revoluciones? No. Pueblo que no lucha, que no se sacrifica por evolucionar, no tiene derecho a la vida; será un pueblo paria que vivirá siempre en el invernadero. Las revoluciones las crea la necesidad, el progreso, obedecen a la ley del equilibrio. Cristo fué un revolucionario: con su doctrina proletaria echó abajo todos los cimientos del Paganismo. La Revolución Francesa acabó con la omnipotencia de los Reyes y creó la República. La Revolución Rusa mató al despotismo de los czares y trajo el reinado de los proletarios. Y hoy más que nunca existe la revolución en el mundo entero. En el corazón de todos los pueblos de Europa está encendida la tea del socialismo. En el Asia la revolución principia a despertar al pueblo de la China y actualmente, México está con la revolución socialista que ha traído como consecuencia el conflicto religioso a que me he referido anteriormente. Los Estados Unidos también tendrán su gran revolución socialista: muy pronto les llegará su hora por ley de compensación económica: el día que el capitalismo yanki no tenga espacio donde guardar su oro, el bolshevikismo derramará ese oro por las anchas avenidas de Wall-Street y los miserables que han sufrido hambre de pan y justicia, se entregarán a la misma orgia que tuvo el pueblo ruso, después de haber soportado la espantosa tiranía de los czares.

Para terminar, voy a leer ligeramente algunos puntos esenciales del artículo 123 de la Constitución Revolucionaria de México, que aparece publicado en el REPERTORIO AMERICANO y el cual reglamenta el trabajo del obrero. Si a estas leyes el Gobierno actual de los Estados Unidos las llama maliciosamente bolshevikes, en buena hora: nada mejor se ha construido para el proletariado de México y nada más equitativo y lógico podría establecerse para todos los obreros del Planeta.

Jesús bendeciría estas leyes, si viviera en el mundo.

El artista y la época

Lima, 20 de octubre de 1926.

Admirado amigo García Monge:

He leído en el cuaderno 11 del REPERTORIO una nota polémica del señor Max Jiménez sobre las opiniones del gran pintor mexicano Diego Rivera respecto al Arte proletario. El debate me parece sumamente interesante y quiero terciar en él. Comparto absolutamente las ideas expresadas por Diego Rivera. Le adjunto un artículo *El artista y la época* que así lo demuestra. (En *La escena contemporánea* asoma la misma tesis).

Mi última le anunciaba la salida de *Amauta*. Ya debe usted haber recibido el primer número. Le envío ahora el segundo. Van diez números para establecer el intercambio con REPERTORIO. Como *Amauta* es mensual y se cotiza a 20 centavos oro, los diez números equivalen a cinco semanales de REPERTORIO. Espero que disponga usted su envío a MINERVA.

Con las más cordiales expresiones de amistad, me repito de usted devotísimo compañero.

JOSE CARLOS MARIÁTEGUI

I

EL artista contemporáneo se queja, frecuentemente, de que esta sociedad o esta civilización no le hacen justicia. Su queja no es arbitraria. La conquista del bienestar y de la fama resulta, en verdad, muy dura en estos tiempos.

La burguesía quiere del artista un arte que corteje y adule su gusto mediocre. Quiere, en todo caso, un arte consagrado por sus peritos y tasadores. La obra de arte no tiene, en el mercado burgués, un valor intrínseco sino un valor fiduciario. Los artistas más puros no son casi nunca los mejor cotizados. El éxito de un pintor depende, más o menos, de las mismas condiciones que el éxito de un negocio. Su pintura necesita una o varios empresarios que la administren diestra y sagazmente. El renombre se fabrica a base de publicidad. Tiene un precio inasequible para el peculio del artista pobre.

A veces el artista no demanda siquiera que se le permita hacer fortuna. Modestamente se contenta de que se le permita hacer su obra. No ambiciona sino realizar su personalidad, su temperamento, su estilo si no quiere, heroicamente, morirse de hambre.

De este trato injusto se venga el artista detractando genéricamente a la burguesía. En oposición a su escualidez o por una limitación de su fantasía, el artista se representa al burgués invariablemente gordo, sensual, porcino. En la grasa real o imaginarja de este ser, el artista hinca los rabiosos aguijones de su sátiras y sus ironías.

Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato no son los más activos y ostensibles; pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coactada su creación, sofocado su derecho a la gloria, y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádruple, múltiple. Su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante.

II

Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones o en sus consecuencias, una protesta reaccionaria. Disgustado del orden burgués, el artista se declara, en tales casos, excéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en el nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar a la aristocracia. Reniega los mitos de la democracia para aceptar los mitos de la feudalidad. Piensa que el artista de la Edad Media, del Renacimiento, etc., encontraba en la clase dominante de entonces una clase más inteligente, más comprensiva, más generosa. Confronta el tipo del Papa, del cardenal o del príncipe con el tipo del «nuevo rico». De esta comparación, el «nuevo rico» sale, naturalmente, muy mal parado. El artista arriba, así, a la conclusión de que los tiempos de la Aristocracia y de la Iglesia eran mejores que estos tiempos de la Democracia y la Burguesía.

III

¿Los artistas de la sociedad feudal eran, realmente, más libres y más felices que los artistas de la sociedad capitalista? Revistemos las razones de los fautores de esta tesis.

Primera. La elite de la sociedad aristocrática tenía más educación artística y más aptitud estética que la elite de la sociedad burguesa. Su función, sus hábitos, sus gustos, la acercaban mucho más al arte. Los Pápas y los Príncipes se complacían en rodearse de pintores, escultores y literatos. En su tertulia se escuchaban elegantes discursos sobre el arte y las letras. La creación artística constituía uno de los fundamentales fines humanos, en la teoría y en la práctica de la época. Ante un cuadro de Rafael un señor del Renacimiento no se comportaba como un burgués de nuestros días ante una estatua de Archipenko o un cuadro de Franz Marc. Kandinsky o Pettoruti. La elite aristocrática se componía de finos gustadores y amadores del arte y las letras. La elite burguesa se compone de banqueros, de industriales, de técnicos. La actividad práctica excluye de la vida de esta gente toda actividad estética.

Segunda. La crítica no era, en ese tiempo, como en el nuestro, una profesión o un oficio. La ejercía digna y eruditamente la propia clase dominante. El señor feudal que contrataba al Tiziano sabía muy bien, por sí mismo, lo que valía el Tiziano. Entre el arte y sus compradores o mecenas no había intermediarios, no había corredores.

Tercera. No existía, sobre todo, la prensa. El plinto de la fama de un artista era, exclusivamente, grande o modesto, su propia obra. No se asentaba, como ahora, sobre un bloque de papel impreso. Las rotativas no fallaban sobre el mérito de un cuadro, de una estatua o de un poema.

IV

La prensa es particularmente acusada. La mayoría de los artistas se siente contrastada y oprimida por su poder. Un romántico, Teófilo Gautier, escribía hace muchos años: «Los periódicos son especies de corredores que se interponen entre los artistas y el público. La lectura de los periódicos impide que haya verdaderos sabios y verdaderos artistas». Todos los neorrománticos de nuestros días suscriben, sin reservas y sin atenuaciones, este juicio.

Sobre la suerte de los artistas contemporáneos pesa, excesivamente, la dictadura de la prensa. Los periódicos pueden exaltar al primer puesto a un artista mediocre y pueden relegar al último a un artista altísimo. La crítica periodística sabe su influencia. Y la usa arbitrariamente. Consagra todos los éxitos mundanos. Inciensa todas las reputaciones oficiales. Tiene siempre muy en cuenta el gusto de su alta clientela.

Pero la prensa no es sino uno de los instrumentos de la industria de la celebridad. La prensa no es responsable sino de ejecutar lo que los grandes intereses de esta industria decretan. Los *managers* del arte y de la literatura tienen en sus manos todos los resortes de la celebridad. En una época en que la celebridad es una cuestión de *réclame*, una cuestión de propaganda, no se puede pretender, además, que sea equitativa e imparcialmente concedida.

La publicidad, la *réclame*, en general, son en nuestro tiempo omnipotentes. La fortuna de un artista depende, por consiguiente, muchas veces, sólo de un buen empresario. Los comerciantes en libros y los comerciantes en cuadros y estatuas deciden el destino de la mayoría de los artistas. Se lanza a un artista más o menos por los mismos medios que un producto o un negocio cualquiera. Y este sistema que, de un lado, otorga renombre y bienestar a un Beltrán Masses, de otro lado condena a la miseria y al suicidio a un Modigliani. El barrio de Montmartre y el barrio de Montparnasse conocen en París muchas de estas historias.

V

La civilización capitalista ha sido definida como la Civilización de la Potencia. Es natural por tanto que no esté organizada espiritual y materialmente para la actividad estética sino para la actividad práctica. Los hombres representativos de esta Civilización son sus Hugo Stinnes y sus Pierpont Morgan.

Mas estas cosas de la realidad presente no deben ser constatadas por el artista moderno con romántica nostalgia de la realidad pretérita. La posición justa, en este tema, es la de Oscar Wilde, quien—en su ensayo sobre *El alma humana bajo el socialismo*—en la liberación del trabajo veía la liberación del arte. La imagen de una aristocracia próvida y magnífica con los artistas es un miraje, es una ilusión. No es cierto absolutamente que la sociedad aristocrática fuese una sociedad de dulces mecenas. Basta recordar la vida atormentada de tantas nobles figuras del arte de ese tiempo. No es cierto tampoco que el mérito de los grandes astistas fuese entonces reconocido y recompensado mucho mejor que ahora. También entonces prosperaron exorbitantemente artistas ramplones. (Ejemplo: el mediocrísimo Cavalier d'Arpino gozó de honores y favores que su tiempo rehusó o escatimó al genial Caravaggio). El arte depende hoy del dinero; pero ayer dependió de una casta. El artista de hoy es un cortesano de la burguesía; pero el de ayer fué un cortesano de la aristocracia. Y en todo caso, una servidumbre vale lo que la otra.

José Carlos Mariátegui

Noviembre, 16.

Querido M. F. Chavarría:

Le agradezco su folleto que no he comenzado a leer aun. Espero que él esté lleno de hechos y datos que es el único lenguaje que entienden los norteamericanos. Un viejo lema dice que para los sajones «un hecho vale por cien argumentos».

Nosotros estamos en plena actividad antiimperialista organizando la A. P. R. A., Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales, porque estamos convencidos de que nada sino una organización latinoamericana, revolucionaria, disciplinada y activa podrá resistir al imperialismo. Le adjunto nuestra bandera y nuestro programa que es breve y conciso puesto que es programa de lucha. Deseamos que en cada ciudad de América, la A. P. R. A. tenga veinte adherentes activos, tenaces, concientes y en plena acción. La «cédula» de nuestro movimiento en Centro América y México funciona en México bajo la dirección de dos compañeros que V. conoce, aquellos muchachos admirables Terreros y Pavletich.

Nuestra acción tiene que ser colectiva y disciplinada. Ninguna actitud individualista nos salvará. El enemigo es demasiado poderoso para que podamos vencerlo sin una acción coordinada y enérgica. Ese es el sentido de la A. P. R. A. y espero que V. como revolucionario y como centroamericano,—que en Centro América le ven ustedes bien cerca los dientes al tigre—se asocie a nosotros.

Mucho me interesará tener sus noticias y que se comunique con Pavletich (México D. F. Apartado 619). Mientras tanto mil gracias por el folleto que voy a leer al fin de esta semana con el mayor interés.

Le abraza fraternalmente

HAYA DE LA TORRE

1917 Club 485, Genard Str., W. 1 LONDON.

INDICE

DEL TOMO XIII

AUTORES Y ASUNTOS

Futch

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica